

María José Ufarte Ruiz

**El arte de la entrevista en
Antonio López Hidalgo**



SALAMANCA
2023

1ª edición: Salamanca (España), 2023.

Esta obra, tanto en su forma como en su contenido, está protegida por la Ley, que establece penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización por escrito del titular de los derechos de explotación de la misma.

Diseño y producción gráfica: PEPA PELÁEZ, Editora.

Del texto: © *by* María José Ufarte Ruiz, 2023.

Fotografía de portada: © *by* Elisa Arroyo, 2012.

De los textos de presentación:

© *by* Isaac López Redondo, 2023.

© *by* Francisco Sierra Caballero, 2023.

© *by* Juan Carlos Fernández Serrato, 2023.

De esta edición:

COMUNICACIÓN SOCIAL EDICIONES Y PUBLICACIONES, sello propiedad de:

© *by* PEDRO J. CRESPO, EDITOR y PEPA PELÁEZ, EDITORA (2023).

Contacto:

Avda. Juan Pablo II, 42, Ático A. 37008 Salamanca, España.

Taller editorial y almacén:

c/ Escuelas, 16. 49130 Manganeses de la Lampreana (Zamora, España).

info@comunicacionsocial.es

<https://www.comunicacionsocial.es>

ISBN: 978-84-17600-81-5

Depósito Legal: DL S 272-2023

Impreso en España. *Printed in Spain*

Sumario

Preguntas que quedan por escribir, <i>por Isaac López Redondo</i>	7
Sed de vida, entre el periodismo y la literatura, <i>por Francisco Sierra Caballero</i>	11
Antonio López Hidalgo y el periodismo reposado, <i>por Juan Carlos Fernández Serrato</i>	19
Presentación. Un maestro de la vida y la palabra, <i>por María José Ufarte Ruiz</i>	23
1. Antonio López Hidalgo, la pasión por el periodismo	29
1.1. <i>Vida y trayectoria profesional</i>	29
1.2. <i>Cultivando el periodismo de investigación:</i> <i>El sindicato clandestino de la Guardia Civil</i>	36
1.3. <i>Algunos encuentros con los grandes de la Literatura</i> <i>y el Periodismo: la década de los 80</i>	43
1.4. <i>Producción académica, literaria y periodística</i>	55
1.5. <i>El Radar</i>	67
2. Estudios sobre la entrevista	79
2.1. <i>Definiciones clásicas de la entrevista periodística</i>	79
2.2. <i>Tipologías tradicionales de la entrevista</i>	84
2.2.1. <i>La entrevista en los libros de estilo</i>	89
2.3. <i>La entrevista-perfil: Aproximación al objeto de estudio</i>	90
2.3.1. <i>Origen</i>	92
2.3.2. <i>Estructura</i>	100
2.3.2.1. <i>Fórmula pregunta-respuesta</i>	100
2.3.2.2. <i>Maridaje entre preguntas-respuestas y</i> <i>comentarios del periodista</i>	104

2.3.2.3. <i>La entrevista como relato</i>	104
2.3.3. <i>Un lenguaje literario</i>	105
3. Las entrevistas periodísticas de Antonio López Hidalgo	107
3.1. <i>Las entrevistas publicadas en el diario 'Córdoba' (2007-2015)</i>	107
3.2. <i>Las entrevistas-perfil de Antonio López Hidalgo en el Córdoba</i>	110
3.2.1. <i>Lenguaje y estilo</i>	113
3.2.2. <i>Estructura</i>	118
3.2.2.1. <i>La titulación y sus elementos</i>	118
3.2.2.1.1. <i>El título</i>	120
3.2.2.1.1.1. <i>Cuando las entrevistas-perfil son portada del suplemento Zoco</i>	125
3.2.2.1.2. <i>Los sumarios o destacados</i>	129
3.2.2.2. <i>La entrada</i>	132
3.2.2.3. <i>Cuerpo: narración y diálogo</i>	144
3.2.2.3.1. <i>La introducción</i>	144
3.2.2.3.2. <i>Fórmula pregunta-respuesta</i>	153
3.2.2.3.3. <i>El párrafo final</i>	167
3.2.2.4. <i>Textos complementarios: los despieces</i>	170
3.2.2.5. <i>La foto en la entrevista</i>	175
4. Notas finales	183
Bibliografía	185
Antología de entrevistas-perfil. Antonio López Hidalgo	195
<i>Ian Gibson</i>	197
<i>José Manuel Caballero Bonald</i>	207
<i>Peter Viertel</i>	217
<i>Pasión Vega</i>	227
<i>Manuel Alcántara</i>	237
<i>Rosa Montero</i>	249
<i>Luis Landero</i>	259
<i>Almudena Grandes</i>	269
<i>Antonio Skármeta</i>	277
<i>Bernardo Atxaga</i>	287

Preguntas que quedan por escribir

Por Isaac López Redondo

Sucedé que a veces la vida da un giro inesperado y hace estallar todo en mil pedazos, sin tregua, sin posibilidad de reacción, sin puntos suspensivos. Aquella fatídica madrugada de finales de mayo, Antonio López Hidalgo cerró los ojos, pero ya nunca más volvió a abrirlos. Quiero imaginar que fue un sueño placentero, dulce, sin quejidos, sin lamentos, sin estertores, sin puntos y aparte. Tal vez él hubiera querido dejar escrita una última página, unas líneas de despedida con las que apaciguar la tormenta que iba a desatar su muerte. O tal vez no. Tal vez, sencillamente, quiso evitar un último adiós, consciente de que los mejores relatos son aquellos en los que el final queda abierto.

Los libros fueron siempre su gran pasión. Y no cabe duda de que su espíritu, su carácter, su manera de entender el mundo, permanece intacto en las miles de páginas que dejó escritas. Todavía, de cuando en cuando, me da por recordarlo, y lo imagino sentado en el sillón de su salón, sosteniendo algún libro, embriagado de palabras, acompañando la lectura con una copa de vino. Solo así es posible rememorarlo en el entorno de su hogar, arropado por estanterías con centenares y centenares de libros. Libros amontonados en la mesa del salón, en el escritorio, en el aparador, en la mesita de noche de su dormitorio, incluso en la cocina. Libros inacabados, libros aparcados, libros sugerentes, libros inspiradores, libros recomendados, libros por descubrir. Nunca escatimó un segundo para la lectura. Esa fuente inagotable de placer y sabiduría engendró pronto sus primeros referentes literarios, con Gabriel García Márquez en

el indiscutible primer puesto de una interminable lista de escritores y periodistas a los que quiso estudiar y de los que supo aprender.

Su pasión desmedida y su ahínco inquebrantable le permitieron conocer a muchos de los autores cuyos nombres había visto impresos en las cubiertas de tantos y tantos volúmenes devorados a lo largo de los años. Siempre se sintió como pez en el agua en el ejercicio de la entrevista, un género periodístico que practicó con soltura como profesional de la información y que analizó pormenorizadamente como investigador académico años más tarde. Presumía sin medida de aquella ocasión en la que abordó a Gabriel García Márquez mientras el premio Nobel disfrutaba de su postre en un restaurante de la calle Betis, en Sevilla. De aquel momento guardaba un recuerdo imborrable en su memoria y una fotografía que lucía majestuosa sobre la mesa de su despacho en la Facultad de Comunicación de Sevilla. Un instante que capturó con templanza su inseparable compañero de batallas, y sin embargo amigo, el fotógrafo Miguel Ángel León.

No fue el único encuentro que mantuvo con el escritor colombiano. Pero fueron otros muchos autores los que se entregaron a conversar con él, a tratar de dar respuesta a sus afiladas e inteligentes preguntas. Con el paso de los años, se convirtió en un maestro en el arte de entrevistar. Y fueron innumerables las personalidades de diferentes ámbitos con las que mantuvo conversaciones que quedarían plasmadas en las páginas de los diarios. Ahora, muchas de esas entrevistas resistirán al paso del tiempo gracias al libro que nos ocupa. Su autora, María José Ufarte Ruiz, ha sabido escudriñar en las entrevistas que Antonio López Hidalgo publicó en el diario *Córdoba* entre 2007 y 2015, analizando y examinando con minuciosidad la estructura, el lenguaje y el estilo que supo imprimir a cada texto, donde el periodista montillano supo dibujar con trazos precisos y realistas el retrato de tantas y tantas figuras ilustres de la sociedad, la política o la cultura.

Nadie mejor que María José Ufarte Ruiz ha podido dar vida a un proyecto de esta naturaleza. Quizá porque su interés por

la obra de este catedrático de periodismo ha sido tan sincero como su cariño hacia él. Ella fue alumna, discípula y amiga. Supo admirarle en vida y sigue haciéndolo ahora después de su marcha. La cercanía entre ambos ha permitido estrechar unos lazos de complicidad extrema y le ha dejado el camino expedito para ahondar en los pormenores de su obra periodística, académica y literaria. No resultaría extraño que en el futuro otros investigadores se interesen en analizar otras facetas de la prolífica trayectoria de Antonio López Hidalgo, pero ella siempre podrá afirmar que dio los primeros pasos en dicha andadura. La capacidad de trabajo, minuciosidad y excelencia que desprenden sus trabajos académicos son la mejor carta de presentación para esta almeriense afincada en Cuenca a la que conocí hace ya más de una década en los pasillos de la Facultad de Comunicación de Sevilla. Como investigador académico que también soy, no puedo más que reconocer la brillante trayectoria que ha sabido labrarse hasta la fecha. Como amigo, solo puedo dar fe de lo mucho que la aprecio. Como hijo de Antonio López Hidalgo, mi sentimiento de gratitud es simplemente indescriptible.

Isaac López Redondo
Tomares, noviembre de 2022

Sed de vida, entre el periodismo y la literatura

Por Francisco Sierra Caballero

Nada tan comprometido, personalmente, como presentar un libro, en especial si es de un amigo. Pero ninguna otra cosa puede ser tan arriesgada y atrevida de un prefacio como el rendir tributo, a título póstumo, a un autor cuando, por ende, quien lo escribe con las venas abiertas y la herida sangrante de la fraternidad perdida. Y no solo por la emoción que nubla todo pensamiento, ahora que se vindica lo anexacto, o más bien la inexactitud de los negacionistas de toda laya que proliferan dentro y fuera de las redes sociales, sino específicamente por la propia materia en sí de la que trata la obra en cuestión y el momento en el que uno ha de pensar una práctica teórica de vida vívida y vivida.

Uno que ha trabajado como crítico literario y periodista cultural varios años, pero que dejó tales labores hace ya demasiado tiempo, por requerimientos y necesidades, como es lógico, de la investigación y la vida universitaria, poco o nada puede aportar a poner en valor la obra del profesor López Hidalgo. Entre otras razones porque ya ha sido reconocida ampliamente, nacional e internacionalmente. Agradezco no obstante a la profesora Ufarte la deferencia y posibilidad de disponer de esta ocasión para leer e introducir un texto de Antonio López, con quien tanto compartí y tantos vínculos me une, y quizás por lo mismo nos re/úne, a propósito de este acto de merecido homenaje y reconocimiento sobre un libro de los muchos proyectos en curso que tenía nuestro amigo y colega y que justamente aborda un género, la entrevista, que fue la primera incursión a su obra que tuve el gusto de disfrutar recién llegado a la entonces Facultad de Ciencias de la Información de Sevilla.

Habiendo ganado, el año 1997, la plaza de profesor asociado a tiempo completo (cosas de la universidad oxímoron) en Teoría de la Información, las paradojas del destino me obligaron a impartir Redacción Periodística. Pese a la amplia experiencia acumulada como periodista en prensa local y en radio pública y privada como la Cadena Ser, y aunque contaba en mi haber con más de cien entrevistas realizadas a personalidades del mundo de la cultura y la política, nunca antes había impartido una materia de clara orientación profesional, menos aún las lecturas de Periodística formaban parte de mi bagaje científico, lejanas como estaban de mi principal línea e intereses de investigación. Así que nos dimos a la tarea de consultar en la biblioteca todo lo existente sobre Teoría del Periodismo, poco por cierto en aquella época, y adquirir la bibliografía imprescindible con la que afrontar todo un curso académico —entonces de más de 120 alumnos por grupo— ávidos de aprender durante todo un año la técnica y principios de la escritura periodística. Entre las decenas de referencias que tuve ocasión de preparar para la docencia, destacaba *La entrevista, entre la información y la creatividad*, publicado por mi editor de aquel entonces, Libertarias/Prodhufi. Cuál no fue mi sorpresa al observar que el texto no solo era de alta calidad científica y originalidad, poco habitual, por cierto, en los estudios de Periodística en la España de aquel entonces, sino que además abordaba este género periodístico con los fundamentos teórico-metodológicos más avanzados, en la misma línea de quien esto escribe al tratar la teoría y técnica de la entrevista cualitativa en profundidad en un capítulo publicado dos años antes en la prestigiosa editorial Longman bajo la coordinación del ilustre Jesús Galindo en México. De ahí a trenzar una amistad de sed de vida, entre el periodismo, la literatura y el buen vivir, tuvo su curso natural, aunque demorara casi diez años. Cuestión de afinidades electivas. Era evidente que ambos compartíamos una misma concepción de la academia. Pero no fue hasta su incorporación como Vicedecano de Prácticas cuando pudimos tejer una estrecha amistad y se impuso, como era natural, el materialismo del encuentro, al fin y al cabo compar-

tíamos visión de vida, la voluntad socrática de la sabiduría de la amistad, de la UNIÓN y de la RE/UNIÓN, no sé si por influencia de cierta cultura senequista o por oficio, antaño de proyección comunal, al menos en las redacciones, que vivimos y compartíamos como prerequisite de un modo de pensar y construir academia necesariamente apegada al latido de la calle. Pero esa es otra historia, la que va del texto al contexto, de la escritura a la vida, de la camaradería académica a la amistad personal, como sucediera con muchos de sus discípulos. Pues pronto pude comprobar que además de un fino e inteligente estudioso de la Periodística, el profesor López Hidalgo contaba con una legión de estudiantes en el ejercicio profesional que admiraban y compartían una complicidad poco habitual en la enseñanza universitaria.

En Sevilla, como referente de los estudios de Periodismo, ilustró disciplinadamente con sus creaciones y su saber-hacer a numerosas generaciones de periodistas que aún recuerdan sus enseñanzas y agradecen el primer contacto con la profesión, una excepción en una Facultad cuya herencia envenenada de origen, por el decano fundador, Jorge Urrutia, lastró lo que hubiera sido una progresión lógica, como por ejemplo sucediera en la Universidad de Málaga. Y es que nuestro centro fue creado y aún dominado por profesionales ajenos a la Comunicación, con nulo o escaso bagaje académico y profesional. Una invasión, en palabras del propio Antonio, de *goonies* o *cipotones* de turno, dedicados a medrar y vivir permanentemente en la espiral del disimulo. Un despropósito, en fin, que nada tiene que ver con la ciencia, la universidad o la propia profesión, se mire por donde se mire.

No sé si la nostalgia de la exactitud viene de esta ausencia o del espíritu indómito y romántico de Antonio. Quiero pensar que más bien tiene que ver con lo segundo, porque nuestro colega, y sin embargo amigo, atesoraba la voluntad de descubrir y transformar la vida, a todos los niveles, en la universidad, en la profesión, en la vida y el amor. Y además era capaz de transmitir esa actitud militante, vocacionalmente alternativa, desde una mirada escrutadora anclada en el goce de la curiosidad y

el juego contagiándonos a quienes formábamos parte de su vida cotidiana. Quizás por ello era tan común la admiración y vínculo sostenido por décadas entre colegas, amigos y muchos de sus estudiantes, más allá de la vocación profesional. Pese a lo que piensan algunos de quienes le trataron y poco conocieron, el cariño al profesor López Hidalgo no se debía principalmente a la bonhomía y el humor que prodigaba contra toda adversidad como una suerte de voluntad proyectiva por venir, sino sobre todo, fundamentalmente, doy fe, al saber y al hacer una obra que traducía el conocimiento en acción, la teoría en técnica y práctica, el decir con el querer y la voluntad de narrar y hacer buen periodismo, y la ciencia en experiencia. En otras palabras, PONDERANTUR vs. NUMERANTUR. En estos tiempos en los que necesitamos pensadores con voz propia y comunicólogos radicales, militantes de la vida, la pérdida de Antonio López se siente con un hondo pesar, como una llamada urgente a actualizar su actitud como virtud revolucionaria. Cosas, pensarán, propia de comunistas o diríase de vindicación del *demos*, de la necesidad de organizar las pasiones alegres, la cultura de la vida en la era de los cercamientos y privatización del conocimiento. Pero es que si algo dejó claro Antonio sobre la realidad anexacta que nos interpela, es que el primer principio de todo académico ha de ser no sólo vivir para contarla sino escribir la historia, narrar o transformar la vida para poder contarla y cuentearla como una suerte, en términos colombianos, de vivir sabroso. Él aprendió desde muy temprano en un incomparable entorno natural, en Montilla, las lecciones de la naturaleza y la vida, y en los libros la posibilidad de construir universos ficcionales con los que soñar despierto. Otros nos embebimos de la ciencia abierta en las migraciones y la periferia, desde el sur, cinturón rojo metropolitano de Madrid, y desde abajo. Migrantes, en cualquier caso, ambos, del orden instituido, abiertos a descubrir nuevas fronteras y ensayar proyectos de futuro posibles, incómodos, libres, creativos, transgrediendo la racionalidad administrativa desde una política de la esperanza. La misma que nos anima a cultivar los senderos abiertos y los surcos horadados durante años por un infatiga-

ble lector que escribía, y lo hacía magistralmente, dialogando con maestros de la crónica o simplemente pensando contracorriente desde la soledad del periodista en su laberinto. Ese extraordinario legado, que los profesores de su grupo de investigación y tesistas deben continuar y afirmar en una suerte de compromiso histórico con lo que su obra representa, no debe cesar y ha de ser identificado, como cuando en mi pueblo de Gobernador, en los montes orientales de Granada, te encaran con una pregunta insidiosa y molesta que desconoce —«¿y tú de quién eres?»— al tiempo que nos emplaza como invitación al reconocimiento del interlocutor situando sabiamente nuestra identidad y los vínculos que nos ligan a una familia, a un clan, a un lugar en el mundo.

Antonio sabía cuán importante era este punto en la ciencia y en la vida. Por ello era proclive a formar su clan, una fratría amplia y generosa, en lo intelectual y moral, en lo regeneracionista y lo político, en lo vital y lo ficcional. No casualmente, como insistía en señalar, uno lee y escribe para compartir, para proyectar un común habitable. Y bien lo sabía Antonio desde sus primeros pasos en el inigualable entorno que le vio nacer y formarse como persona y lector de la realidad. Conozcan si no Montilla y su comarca. Visiten La Unión, la viva expresión de esa cultura comunista de la resistencia. O pierdan su mirada por los cientos de páginas que ha dejado escritas, en este y otros muchos libros, y podrán comprobar cómo los textos hilvanan los hilos de la vida con los que tejer el abrigo de todo lo que soñar es posible. Ya saben, las cosas de los comunistas, que crean espacios comunes, comunidad, redes y vínculos con los que es posible desarrollar, como Antonio hizo en vida, una productiva y meritoria carrera. Pero volvamos al comienzo, qué hago yo presentando un libro, de duelo, al margen de los estudios en Periodística.

La respuesta, además de la amistad que nos une, y digo bien, que nos vincula, experiencia que quedará, que ya ha quedado para la historia de vida, es elementalmente humana. Y es que comparto con el autor la vitalidad del «informal discurso de los perdedores» que trata de hilvanar con *suicidas besos de sangre*

la esperanza de un sueño huidizo. Una actitud romántica, o llámenle complejo de Peter Pan, una virtud necesaria para el conocimiento y que en pocas ocasiones he tenido ocasión de encontrar en vida como es el caso de Miquel de Moragas o el bueno de Armand Mattelart. Mi suerte ha sido compartir vida y amistad, la intimidad del pensamiento ambulante y nómada, con todos ellos. Y en el caso de Antonio esto era, por sí mismo, una celebración llena de color y universos imaginarios, poblado de personajes reales y literarios.

El poeta-periodista que era Antonio tenía tanta luz propia, el aura de un niño que entre sus manos hacía volar la cometa del día, agitando y vertiendo su semen de lágrimas en ausencia de amor, que invitaba a cantar la esperanza dulce del sol al rostro de la luna a diario. Un pensador y profesor, en fin, extraordinario, cultivador del don de la sencillez y la ternura, la imaginería del paisaje de la tristeza que construye con materiales y metáforas potentes y creativas, con el tono coloquial del pensar con verso libre como actitud vital y la proyección del silencio de la palabra prometida en columnas y conversaciones interminables. Ese vitalismo se traslucía en una obra abierta y original, de singular calidad y trascendencia porque conocía el oficio, porque siempre estuvo comprometido con el zumbido de la vida, con la política de lo común, arriesgando incluso su futuro como en la investigación del sindicato de la Guardia Civil. Siguiendo la máxima siempre de Heráclito, vivir de muerte, morir de pura vida, la obra de Antonio López es una invitación a la celebración, una anatomía vitalista de la actualidad y sus pliegues. Política quijotesca, conciencia iluminada por la escucha activa y la experiencia ampliada, su ejemplaridad y trabajo va creciendo con el paso del tiempo y es ya referencia obligada en los estudios y para los estudiosos del Periodismo dentro y fuera de nuestro país. La historia dirá si nos equivocamos, pero su obra ganará peso en unas décadas, toda vez que sus aportes y lecturas singulares han marcado un antes y un después en este campo de estudios. Tome estas notas el lector con la debida cautela. Están escritas desde el palpitar en duelo, desde la herida que desgarró, además de que toda clasificación

resulta por sistema odiosa y, en cierto sentido, falsa, como bien ironizara Umberto Eco en su conferencia magistral impartida el Hospital de los Venerables durante el curso que organizamos sobre Comunicación y Barroco. Así que podríamos hablar de múltiples facetas en la obra periodística y académica del autor y sería, a fuerza, limitada. Solo tenemos la certeza, como este libro demuestra, de que su obra es una mina por explorar, un legado por releer y pensar. Una clara demostración de lo que, en palabras de Jorge Riechmann, podríamos calificar como escritura del desconsuelo, que renuncia a la pureza y constata que vivimos de lo incumplido, de la memoria y del olvido, del pensamiento del futuro y de la vida como divorcio entre la realidad y el deseo, entre la poesía y la existencia humana, una constante que Antonio tenía más que clara. Lo manifestaba en vida, desde la radical experiencia de ser y estar, de habitar en el exceso, de compartir afectos, compromiso y palabras en común, con la grandeza del corazón y las ensoñaciones propias de las pasiones alegres, de saber vivir la vida y contarla, recrearla y analizar, citar y concitar, todo en uno, como parte de una poética constructivista del buen saber. Este es el sentido de la escritura como potencia y en buena medida el abono que germinara en una obra excepcionalmente fresca y en la frontera del conocimiento. Al fin y al cabo no concebía la periodística, y la ciencia sobre su objeto y pasión, sino como pensamiento y narrativa para vivir en común, inteligencia comprometida con la existencia humana concreta, con la promesa del encuentro y la convivencia. De ello tienen constancia colegas y amigos de profesión y academia, pues fue fiel a las enseñanzas de La Ilíada: «en verdad, no inferior a un hermano llega a ser un amigo leal y discreto de mente».

Francisco Sierra Caballero
Sevilla, a 19 de noviembre de 2022.

Antonio López Hidalgo y el periodismo reposado

Por Juan Carlos Fernández Serrato

Esta nueva edición revisada y completada de *Preguntar para escribir. Análisis crítico de las entrevistas-perfil de Antonio López Hidalgo* que nos ofrece María José Ufarte Ruiz y la editorial Comunicación Social es una gran noticia. Vuelve a poner en circulación la selección de entrevistas de Antonio López junto al excelente estudio que María José le dedicó y que en su primera publicación por la Diputación de Córdoba no alcanzó la difusión que ambos merecían.

López Hidalgo fue un maestro del periodismo de calle en todas sus dimensiones: el periodismo urgente de cada día, el periodismo de investigación, el reportaje y la crónica, la entrevista y el columnismo. También fue un reputado investigador y ensayista: sus trabajos académicos sobre los géneros periodísticos, de la columna al titular y de ahí a las nuevas formas del periodismo, el transmediático y los enfoques de los discursos informativos de largo aliento, son de referencia en los estudios de redacción periodística en todo el ámbito hispánico. Pero si hay algo que prefería Antonio, como marca de su escritura más personal en todas sus vertientes, era la narratividad: su interés por la literatura no era solo el de un lector tan perspicaz como apasionado, sino también el de un creador. Como indica María José Ufarte en sus palabras liminares «Un maestro de la vida y la palabra», escribió diez libros de ficción entre novelas breves y volúmenes de relatos. Defensor a ultranza de la conveniencia de insistir en las diferencias genéricas de las distintas formas de hacer información y opinión, de mantener con nitidez el espacio de la búsqueda de la verdad periodística (en las

modalidades discursivas de la información) de aquel otro de la argumentación crítica sobre la actualidad (en las de la opinión), ello no era óbice para que se inclinara siempre por «el buen escribir» y detestara el periodismo de palabra desmañada, sintaxis torpe y semanticidad confusa. Entendía, pues, que la literariedad de dicción era tan legítima en el periodismo como en la ficción; es más, era absolutamente necesaria para que la práctica del periodismo fuera, de manera efectiva, un servicio social del que no puede permitirse prescindir una sociedad verdaderamente democrática.

Cualquier texto de Antonio López Hidalgo, desde su famoso reportaje, en colaboración con José Emilio Ballesteros, sobre el sindicato clandestino de la Guardia Civil, publicado en 1990, hasta sus columnas semanales de los últimos tiempos en el diario *Montilla Digital*, incluyendo sus libros ensayísticos, es siempre, independientemente de su ajuste a un género u otro, un texto deliciosamente narrativo. Leer al Antonio periodista es leer a un narrador que sabe contar historias, capaz de informar, argumentar y emocionar al mismo tiempo. En los últimos años, casi como cristalización de sus afanes de escritor, sirvieran a la más rabiosa actualidad de lo real o a los sueños turbios de la imaginación estética, dedicó sus esfuerzos a la vindicación de ese periodismo narrativo y reposado, reflexivo, de morosa constancia en la búsqueda de los hechos, los detalles, el documento clave y el suceso hecho vida, ese que a él le gustaba por encima de los demás géneros del periodismo. Publicó dos volúmenes ensayísticos sobre el particular: *Periodismo de inmersión para desenmascarar la realidad*, a medias con María Ángeles Fernández Barrero, y *Periodismo narrativo en América Latina*, libro colectivo que coordinó y en el que firmó un extenso capítulo: «La inmersión en el periodismo narrativo latinoamericano: De la retórica del distanciamiento a la crónica autobiográfica».

He querido resaltar esa convergencia en lo narrativo de los intereses de Antonio López Hidalgo como escritor (esta vez sin géneros limitantes), porque si hay algo que destaca en sus entrevistas-perfil es la circularidad textual. Preparadas siempre

con calma y con un conocimiento profundo del personaje, fruto de la investigación rigurosa tanto como de la capacidad de penetrar en la psicología del entrevistado y del ingenio de quien sabe improvisar desde la empatía con el personaje, leídas ahora, fuera de la actualidad inmediata que marcó su primera publicación en el periódico, constituyen ejemplos magníficos de cuentos dialogados, «cuentos verdaderos», como le hubiera gustado decir a él, y testimonios de que los textos periodísticos, una vez pasado su momento de urgente salida impresa, pasan a ser documentos históricos y, si hay calidad estética y voluntad de estilo suficientes, piezas literarias. Ocurre así en las entrevistas-perfil de Antonio López Hidalgo. Por eso, creo que lo mejor para cerrar estas palabras de bienvenida es hacer nuestro ese cierre circular que tanto le gustaba a Antonio y agradecer una vez más a María José Ufarte, por su trabajo de rescate, análisis y nueva puesta en valor de estas entrevistas, y a Pedro J. Crespo, editor e intelectual que ha conseguido el milagro cultural que hoy es Comunicación Social, el que podamos volver a leer otra vez a Antonio López Hidalgo.

Juan Carlos Fernández Serrato
Sevilla, a 18 de noviembre de 2022.

Presentación. Un maestro de la vida y la palabra

Por María José Ufarte Ruiz

Cuando Juan Carlos Fernández Serrato me propuso publicar una nueva edición de *Preguntar para escribir. Análisis crítico de las entrevistas-perfil de Antonio López Hidalgo en el diario 'Córdoba' (2007-2015)* (Diputación de Córdoba, 2016) me pareció una auténtica justicia, porque el mejor homenaje que se puede rendir a un escritor es leerlo. Fue el 22 de mayo, cuando acababa de partir Antonio López Hidalgo. La vida, en ocasiones, es demasiado breve. Mi mundo se volvía a parar en seco. En aquellos días, me sentía rota, descompuesta, como una equilibrista que camina sobre una cuerda en suspensión. Tal vez esperaba un regreso incuestionable que nunca llegaría. Pero la idea me recompuso y me animó a seguir adelante en aquel amargo mes de mayo que se atascaba en la garganta. Quizá porque siempre pensé que la vida de aquel libro había llegado a su fin. Y por eso he querido aprovechar esta oportunidad para hacer mi homenaje personal y póstumo a la memoria de Antonio López Hidalgo. A él dedico estas palabras.

Conocí a Antonio en el año 2003, cuando yo apenas tenía 20 años y cursaba el tercer curso de la Licenciatura en Periodismo en la Facultad de Comunicación de Sevilla. Él ya era un reconocido periodista y contaba con un amplio currículo profesional y académico. Su nombre era habitual en las revistas científicas y periodísticas más importantes del panorama informativo.

Recuerdo que sus clases magistrales eran apasionantes, con criterio, producto de sus experiencias y lecturas acumuladas. Pisaba el estrado cada semana con personalidad entusiasta y

miraba al estudiantado de frente, con tesón, queriendo inculcar inquietud y fuerza. Era el periodista de bolígrafo y libreta, de la agenda personal, de más entrevistas que ruedas de prensa. Siempre tenía las ideas claras y las transmitía con firme decisión. Los alumnos le queríamos.

En estos años de docencia, me descubrió el amor a la lectura, a la escritura. Hablaba de González Ruano, de Larra, de Correal, de Rulfo, de Chaves Nogales, de Borges o de García Márquez, a quien admiraba. Me enseñó a conjugar la enseñanza de la palabra con la enseñanza de la vida, uno de esos privilegios que pocas veces llegan y ya se quedan muy adentro. Son concesiones que el destino te regala.

Antonio López aunaba a la perfección la teoría docente con la práctica profesional, como si se tratase del principio de los vasos comunicantes introducido por Blaise Pascal. Fue razón más que suficiente para que se convirtiera en mi director de tesis doctoral, que obtuvo en 2011 la máxima calificación gracias a sus consejos siempre certeros.

Desde entonces, tuve la suerte de compartir con él largas e intensas conversaciones. Junto a él he reído, he llorado, he reflexionado, he viajado, he aprendido, he disfrutado de su sutil ironía, de sus anécdotas, de sus lecciones de todo. De esa personalidad singular e irrepetible a gozar de la amistad, a desvivirse por hacer felices a sus amigos. Se ganó mi confianza de manera empírica. No será la única que tenga la certeza que con la amistad de Antonio ha cambiado nuestra mirada sobre el mundo y también, en alguna medida, aspectos de nuestra vida.

Era polifacético en sus conocimientos. En el ámbito académico, conocía las fórmulas y teoremas de los géneros periodísticos. Investigó y cultivó la columna como género plural y enunció una teoría general de la entrevista para romper con algunos esquemas estereotipados. Elaboró un manual complejo y versátil sobre el uso de los titulares en cada uno de los géneros periodísticos contemporáneos y propuso un tratado sobre las técnicas, modalidades y otros artificios propios de la titulación periodística. También fue el primero en sentar las bases de los géneros periodísticos complementarios como una

aproximación crítica a los formatos del periodismo visual y ofreció junto a la periodista y profesora María Ángeles Fernández Barrero las claves del periodismo de inmersión para hacer periodismo de calidad. También se adentró en el periodismo narrativo, que como bien diría alude a aquellos textos de no ficción que se adentran en un lenguaje creativo y metafórico y cuyos registros varían de la primera a la tercera persona del autor. Son, desde luego, inestimables fuentes de conocimiento por la calidad de la información que suministran.

Pensaba que el periodismo y la literatura eran materias distintas, pero que manejaban un mismo instrumento: la palabra. Por eso, escribió con hondura e intensa lucidez las novelas breves *La vida inventada de Máximo Español* (1999), *Escrito en Brasil* (2009), *El peligro y su memoria* (2013) y *Los sueños deshabitados*. También escribió algunos libros de relatos, como *Algunos crímenes románticos y otros que lo son menos* (2015), *La melancolía de la lechuza* (2015), *Mujeres que se pierden en los bares* (2016), *Mujeres que ríen y aman con tristeza* (2017), *Tratado sobre el corazón de las cosas* (2019) y *Maneras de soñar y vivir* (2020). Todos ellos, en palabras de la catedrática de Periodismo María Jesús Casals Carro, «son pequeñas piezas donde se muestra con pudor y a la vez con rotunda autenticidad» (Ufarte Ruiz, 2016: 16).

Pero el filón de Antonio López parece inagotable porque ha dejado para su publicación dos libros inéditos donde rastrear escritos desconocidos. El primero, *Galdós y Carretero. Historia de una amistad. Conferencias, discursos y otras arengas* (Fénix Editora, 2022), donde da conocer la estrecha vinculación establecida entre Pérez Galdós y el periodista y escritor montillano José María Carretero Novillo, que utilizó el sobrenombre de El Caballero Audaz. El segundo se titula *Esa inútil perfección del silencio* (Comunicación Social, 2023), un volumen que aúna diferentes relatos autobiográficos donde muestra sus propios sentimientos y actúa como una especie de psicoanalista que guarda silencio para escuchar lo que cuentan. Era su pulso habitual: los detalles significativos que dibujan con nitidez lo que está sucediendo.

Pero con toda seguridad, en su ordenador, habrá carpetas con artículos periodísticos y de investigación, proyectos de otros libros, anotaciones sobre los géneros y apuntes para la vida. Todos productos de su inagotable trabajo. Cada asunto o tema nuevo son pistas de aprendizaje, pues para muchos, como en mi caso, es un maestro al que volver la vista de manera constante.

A lo largo de estos años, he leído mucho su obra y observo en ella unas constantes vitales y profesionales que me permiten sentar algunas conclusiones que de ninguna manera tienen la pretensión de ser definitivas. Me recordaba con frecuencia que había nacido para escribir. Y lo hacía de manera clara, directa, docente, sabedor de que gran parte del público lector era consciente de que su nombre figura tanto en los grandes manuales de Redacción Periodística de España e Hispanoamérica como en aquellos que abordan las distintas teorías de los géneros periodísticos.

Siempre ha cuidado la forma, el estilo, el lenguaje, la estructura. En sus textos no hay un ápice de descuido en razón a la rapidez que exige en ocasiones la profesión periodística, a la que se ha dedicado con pasión. Deleitaba con la forma, pues poseía esa capacidad de transmitir que no todos lograremos alcanzar. En él afloraba sin apenas esfuerzo.

Lo hacía evidente a través de la gran variedad de géneros periodísticos que cultivó, con gran sencillez, sin circunloquios ni improvisaciones. Pero ha sido la entrevista periodística el centro motor y vertebrador en su trayectoria profesional. Sus entrevistas mucho dicen de él. En ellas, maneja términos con destreza, soltura y solvencia, con frases estudiadas, medidas y sonoras, con adjetivos necesarios que crean imágenes insospechadas. Están cargadas de experiencia, de ritmo, de emoción. Describe el escenario donde se desarrolla el diálogo, matiza los gestos del entrevistado y penetra de una manera especial en el ambiente. En sus diálogos no sólo hay pedazos de vida, sino también de sueños, de opiniones, de recuerdos, del sentir.

Así lo refleja en las entrevistas-perfil realizadas a García Márquez, Juan Goytisolo, Borges, Vargas Llosa, Octavio Paz, Bryce

Echenique, Caballero Bonald, Muñoz Molina, Octavio Paz... Son muchas las entrevistas que ha elaborado a lo largo de sus más de cincuenta años de buen trabajo. Y así quedó demostrado en *Preguntar para escribir*, donde analicé de manera concienzuda las entrevistas publicadas entre 2007 y 2015 en las páginas del diario *Córdoba* y de los suplementos dominicales *Zoco* y *Cuadernos del Sur*.

Como quedó demostrado en ese volumen, son textos occurrentes, retratistas y creativos y en los que emplea recursos literarios vetados en las entrevistas de declaraciones, intuyendo que no sólo interesan las respuestas del entrevistado, sino también la personalidad del propio personaje. Les sucede a los grandes del periodismo. Le sucedía a José María Carretero, su paisano, y uno de los pioneros de la entrevista de creación, género que desarrolló con más dedicación y acierto dentro del conjunto de lo que fue su obra periodística, modalidad que practicó hasta alzarse como uno de sus claros antecesores.

Ahora es el momento de publicar *El arte de la entrevista en Antonio López Hidalgo*, una nueva edición ampliada y renovada que demuestra una vez más su talento, fidelidad y compromiso hacia el oficio periodístico. Quizá este es el reto más complicado al que me enfrento profesionalmente. Y esta dificultad está alimentada precisamente por el afecto personal, porque con él desgasté proyectos de juventud y tejí amistades que aún perduran.

Este nuevo volumen ha sufrido leves modificaciones en su estructura respecto al primero. Han desaparecido las presentaciones y los prólogos escritos en 2016 por Antonio Ruiz Cruz, Francisco Luis Córdoba Berjillos y María Jesús Casals Carro, aunque se añaden otras notas escritas por sus grandes amigos Francisco Sierra Caballero y Juan Carlos Fernández Serrato. El volumen también cuenta con unas palabras de su hijo y también periodista, Isaac López Redondo. De igual modo, se añaden de manera inédita unas notas finales para que perduren sus ganas de vivir y sus ganas de hacer. Para dar más sentido a su contenido, de las cuarenta y cinco entrevistas-perfil que realizó entre 2007 y 2015, se han escogido las diez que hoy in-

tegran este volumen, que son las que recordaba con más cariño y apego Antonio López. Estos textos sirven para recordarnos la importancia de la profesión periodística en momentos de crisis, pues la sociedad y las nuevas hornadas de periodistas necesitan conocer la labor de profesionales comprometidos, aquellos con vocación y pasión.

El presente volumen es, en definitiva, una aportación relevante al mundo de la comunicación en general y al del periodismo en particular, que puede desglosarse en cuatro aspectos fundamentales: el estudio personal sobre la vida de López Hidalgo, la exposición acerca de la entrevista como género periodístico, la investigación en sí de las entrevistas-perfil y una selección de las entrevistas que el autor ha mantenido con los personajes más representativos del momento. De esta forma, el lector puede no sólo adentrarse en las técnicas de trabajo del escritor montillano, sino también en los testimonios de los entrevistados. Una lectura aconsejable para todo aquel que quiera entender un poco mejor este oficio que se nos va.

María José Ufarte Ruiz
Cuenca, a 3 de octubre de 2022.